

*Las patrias de Manuel Azaña**

Santos Juliá

“Alcalá, El Escorial: he aquí las raíces primeras de mi sensibilidad, como París fue más tarde la escuela donde se afinó”¹, confió Manuel Azaña a su diario un día de julio de 1931, después de pasar unas horas en El Escorial, en perfecta comunión con aquel lugar. Y al volver de París, Madrid y su Ateneo, donde aprendió, “el ejercicio de polemista y el hábito de entendérmelas con una muchedumbre”²; y la militancia en el Partido Reformista, con su participación en conferencias de propaganda y en campañas electorales. Y más adelante, metidos ya en la década de 1920, la fundación y dirección de *La Pluma* en 1921, donde evocará su jardín de los frailes y, dos años después, la dirección de *España*, donde le sorprendió el golpe de Estado de Miguel Primo de Rivera, con dos resultados inmediatos: primero, fin de la experiencia reformista como vía de democratización de la Monarquía y, segundo, apelación a la República, nueva etapa de su vida, crucial, que culminará en el ministerio de la Guerra y la presidencia del Gobierno y que terminará en la presidencia de la República, el destierro y la muerte.

Alcalá, El Escorial, París, Madrid, pero también: reformismo, republicanism, gobierno, presidencia, guerra, exilio, son las etapas de crecimiento y maduración de una sensibilidad siempre cambiante hacia la cuestión que no dejó de acompañarle desde los días de su adolescencia en Alcalá hasta los de su destierro y muerte en Montauban. Esa cuestión tuvo para él desde

· Publicado en Antonio Morales Moya, Juan Pablo Fusi Aizpurúa y Andrés de Blas Guerrero, dirs., *Historia de la nación y del nacionalismo español*, Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2013, pp. 650-672.

¹ Diarios, 2 de agosto de 1931, 3, 642. Todas las citas de Azaña están tomadas de mi edición de sus *Obras Completas*, Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 2007, 7 vols., con indicación de fecha, número de volumen y página.

² Diarios, 31 de mayo de 1932, 3, 985.

muy pronto un nombre: la patria; la patria perdida en el 98, la patria como cultura vivida de París, la patria por construir de su militancia reformista, la patria republicana de sus años de gobierno, la patria desgarrada de su presidencia. Azaña vive la patria desde su juventud hasta su muerte, la vive es decir que la siente y, como no podía ser de otra manera dado su natural más bien reflexivo, la piensa. Su pensar la patria no es, sin embargo, el de un teórico que le dedica un tratado: él nunca escribió un tratado sobre ninguna de las cuestiones políticas o culturales en las que, sin embargo, empleó meses y años de lecturas y estudio. Por eso, si para alguien valiera la crítica, por él mismo formulada, de reconstruir el pensamiento de un autor y sistematizarlo tomando de aquí y de allá frases y conceptos esparcidos en su obra, corriendo siempre el peligro de alterar el valor de las palabras prestando a quien las escribe un propósito que tal vez no tuvo en el momento de decirlas o escribirlas³, sería para quien pretendiera interpretar su obra, sus artículos que terciaban en alguna polémica y sus discursos que proponen una vía de solución a algún problema político, juntando palabras por encima del tiempo y sin tener en cuenta la circunstancia en que fueron dichas o escritas. Buena razón para no juntar ni sistematizar sus palabras sino dar razón de ellas a medida que pasa el tiempo. Pues Azaña carece de lo que se llama un sistema de pensamiento, aunque es difícil encontrar alguna cuestión política sobre la que no haya pensado. Indolente, como él se figura, o quizá vacilante, nunca seguro de su capacidad como autor excepto cuando entra en polémica, su escritura política fue siempre hija de la circunstancia que en cada caso le tocó vivir y está dirigida a introducir un orden en su propio pensamiento con objeto de encontrar y transmitir el sentido de una acción propuesta: a ese fin responden su diarios y la multitud de papeles que dejó sin publicar. Por eso, las vivencias de la patria y hasta su misma definición cambian según los lugares, las circunstancias personales, los acontecimientos políticos o sociales y las polémicas o los debates en los que participa. Al cabo, la patria, que será para él como una corriente que

³ “[Don Juan Manuel]”, 7, 309: “Lo más difícil es darse cuenta exacta de la intención del escritor en cada momento y deducir de ella el alcance de sus afirmaciones. La menor desviación conduce luego al absurdo [...] Lo de menos son las palabras. Una idea puede expresarse de varios modos (aunque uno de ellos será el mejor); varias expresiones idénticas pueden traducir ideas distintas, cuando espíritus diferentes las formulan también en tiempos y ocasiones apartados”.

siempre fluye, idéntica a sí misma pero siempre distinta, no es la naturaleza, no es el lugar en que se nació sino al que se pertenece. Y los lugares de Azaña fueron muchos, como muchas serán –y es lo que intentaremos ver en estas páginas siguiendo el curso de su acción política- las patrias que vivió y que sintió.

LA PATRIA PERDIDA

Su primer sentimiento de patria no es de España, fue de Alcalá; eso es al menos lo que recuerda, o lo que escribe, en su madurez. Reconstruyendo, al publicar en mayo de 1922 el capítulo XII de *El jardín de los frailes*, sus vivencias patrióticas de adolescente en El Escorial, Manuel Azaña escribe que comenzó tarde a “ser español”. Ser es aquí, claro está, sentirse: la patria es ante todo un sentimiento. Y lo que a él, de niño, le deslumbró fue “el gran fuego de nuestro hogar alcalaíno”. Cuando declinaba el siglo XIX aleteaban a su alrededor restos de la tradición literaria complutense: juristas viejos, algún hidalgo desvencijado, labradores ricos, escribas de la curia toledana, un canónigo, el último catedrático de la Universidad, que entre todos “mantuvieron en Alcalá el culto fervoroso de los antepasados”. También su padre, joven alcalde, preocupado por restaurar las glorias de la antigua Compluto: el sepulcro de Cisneros, la estatua de Cervantes, la lápida dedicada a Juan Martín, el Empecinado, fueron algunas iniciativas de Esteban Azaña. Los patriotas alcalaínos, escribe su hijo, alborotaban el manso cotarro de su lugar con profusión de veladas, lápidas, iluminaciones, catafalcos. “Pero su patriotismo era local. Nos persuadía la grandeza única de Alcalá, no la de España”⁴.

Este patriotismo local durará lo que tarde el joven Azaña en abandonar la villa de su nacimiento. Cuando terminó los estudios de bachillerato, con la obtención del grado en los exámenes que debió pasar ante el tribunal formado en el Instituto Cardenal Cisneros, de Madrid, en enero de 1894, por los mismos días en que cumplía sus catorce años de edad, su abuela le envió a cursar derecho con los agustinos en el Real Colegio de Estudios Superiores María Cristina, inaugurado dos años antes en El Escorial. Allí fue donde advino, dice él, al rango de español “por dos caminos: ensanchando hasta el confín de la península el área

⁴ El capítulo XII de *El jardín de los frailes* apareció en *La Pluma*, números 24 y 25, mayo y junio de 1922, pp. 257-263 y 321-331. Puede verse en 2, 683-691.

plantada de laureles y robando a mi propensión admirativa su inoperante candor.” Para el adolescente que iniciaba sus estudios de Derecho, su primer sentimiento de español fue como un ensanche del área plantada de laureles: un Alcalá ampliado en reyes, sepulcros y lápidas hasta los confines de la península, tal parece haber sido la obra de los agustinos, de modo que los sentimientos que luego llamaré españolistas “crecieron en violencia lo mismo que perdieron en libertad”. Durante sus años con los frailes, no llegó a saber a quien aborrecía más, si al extranjero envidioso de las glorias de España, o a los españoles apóstatas, a los que el padre Miguélez llamaba bárbaros.

El caso fue que una historia “guisada en pociones caseras” por los frailes de El Escorial “nutrió [su] conciencia española”, con un resultado: una vez demostrado por la historia en qué consistía el ser español, se creaba de inmediato la ortodoxia españolista: el sentimiento de patria se petrificaba así en una especie de dogmática que identificaba “la causa de la religión católica con la causa española en este mundo: nadie la ha servido mejor que nosotros; a nadie ha sublimado como a nosotros”. El ser mismo de España dependía de su identificación con la causa católica, hasta el punto de que, si no campeaba por la Iglesia, se destruía. Los agustinos, en resumen, propinaban a sus jóvenes alumnos “una patria militante por la fe: España es en cuanto realiza el plan católico. Las sugerencias todas de la pasión nacional aprovechaban al propósito divino”. Todo estaba claro: era preciso gobernar como Cisneros y escribir como Cervantes: después de la religión, en nada se miraban tanto los pupilos de los frailes como en la literatura del siglo de oro. En eso consistía ser español, en ser católico; y el ser católico consistía en cumplir los destinos de una providencia que había mostrado en los siglos de imperio su predilección por España.

Pero todo este edificio se derrumbó la noche que el mismo Manuel Azaña llama del rompimiento, cuando se negó a confesar y abandonó la práctica religiosa. Con ella desapareció también el sentimiento y la idea de España aprendida en sus clases de historia. Un día de marzo de 1915, veinte años después de estas vivencias, Azaña fue de paseo a El Escorial en compañía de sus amigos Juan Donoso Cortés y Antonio García Herreros. Era un día espléndido, de los que en Madrid anuncian la primavera. Recuerda sus tiempos de estudiante, sin emoción alguna, todo lo más con un “comienzo de tristeza” por el tiempo allí

perdido, pero no se engaña: ese sentimiento es “puramente reflexivo y de *añadidura*”, o sea, que lo está sintiendo en el mismo momento que lo recuerda. No fueron los de El Escorial años tristes para aquel adolescente que dejaba atrás la casa familiar, ensombrecida por tanta muerte: el niño Manuel Azaña había perdido en menos de un año, y cuando él solo tenía nueve, a su madre, su abuelo y su padre y su salida a El Escorial debió de vivirla, en los primeros momentos, como una liberación de la casa triste. Pero cuando los tres amigos suben hasta la Silla se encuentran a un grupo de novicios con un padre veterano que hablaba “a los pobres muchachos de Felipe II, de Herrera, de Antonio Pérez, de lo que dijo aquel rey en tal día y en tal sitio: las mismas cosas que nos contaban a nosotros hace veinte años”⁵. Y eso es lo que, para entonces, Azaña creía que no podía ni debía perdurar.

Hasta llegar a esa tarde de 1915, quedaban todavía algunas vivencias de la patria por experimentar. La primera, como ocurrió a todos los muchachos de su generación, fue el desastre de 1898, del que por los testimonios de la época bien podría decirse que no parece haberle afectado sobremanera: las cartas que escribe a su amigo José María Vicario desde Zaragoza, en donde pasa los exámenes de las últimas asignaturas de la carrera de Derecho exactamente cuando la armada española era enviada al fondo del mar por la mayor potencia de fuego de los barcos de Estados Unidos, no manifiestan ninguna preocupación por el triste destino de la patria, la muerte de España y su descenso al sepulcro que lamenta por esos días toda la prensa. Y luego, su traslado a Madrid, la preparación de una tesis doctoral, la asistencia a las clases de Francisco Giner en la Universidad Central, más las luces de los *music-halls* y los devaneos de que presume ante los amigos de Alcalá, fingiendo una vida de señorito de provincia en la capital, tampoco dejan mucho lugar para sufrir en carne viva los aciagos destinos de la patria. Y aunque más tarde se contará entre los jóvenes españoles que sintieron como un drama interior la muerte de España en los días del desastre, nada en los artículos publicados antes y después, en *Brisas del Henares*, en *Gente Vieja*, como nada de lo que escribe en su tesis doctoral permite entrever una inquietud, mucho menos una crisis de identidad, por la pérdida de Cuba y Filipinas para la nación

⁵ Diarios, Madrid, 1915, 7 de marzo, 1, 753-754.

española. Ciertamente, a ello volverá más adelante, pero quizá en esos años que median entre su salida de El Escorial en la primavera de 1896 y la presentación de su tesis doctoral, en junio de 1900, la cuestión de la patria no le preocupó lo suficiente como para dejar algún testimonio de su angustia.

Las cosas cambian cuando comienza a frecuentar en Madrid el Ateneo, del que se inscribe como socio hacia finales de 1900, poco antes de que Joaquín Costa iniciara la exposición de los resultados de su encuesta sobre “Oligarquía y caciquismo como la forma actual de gobierno en España”. A estos primeros años de siglo debe de corresponder un apunte inédito sobre lo que por entonces llama la catástrofe del 98, en el que culpa a las manos inhábiles o traidoras de los gabinetes de la Regencia haber dejado pasar la ocasión de desprenderse en condiciones ventajosas de las colonias para al final haber “tirado por la ventana algo que valía más que los pedazos de tierra perdidos: la fortuna de la patria y el honor”. Esperaba el joven Azaña que, aleccionada por las desdichas presentes y habiendo “recibido en su corazón el sello candente de la desgracia en una edad en que las impresiones son muy profundas y nunca se borran”, el recuerdo de la derrota inspirase en la joven generación “aquella austeridad de costumbres y aquel respeto a la ley, primeras bases del verdadero patriotismo”. Lo patriótico ya no se resuelve con el recitado de las glorias pasadas; lo patriótico a principios del siglo XX, ante el desastre de España, consiste en ser austero y cumplir la ley⁶.

Es claro que en este primer giro en la idea de patriotismo resuenan los ecos de la potente voz de Costa, que tanta impresión produjo en el joven socio del Ateneo. “Recuerdo las últimas conferencias de Costa en el Ateneo”, escribe en 1911, cuando se vuelve por vez primera hacia el pasado para echar un “Vistazo a la obra de una juventud”. Y lo que recuerda es sobre todo los “apóstrofes violentos” que caían sobre las cabezas de sus oyentes a cuenta del carácter español: “sobre nuestras frentes queda el estigma de sus calificativos”. Los españoles eran una raza atrasada, imaginativa y presuntuosa, y por lo mismo, perezosa e improvisadora... un pueblo de mendigos, rezagado tres siglos en el camino del progreso... raza improvisadora, exterior y vanilocua, que no sabe vivir dentro de sí. El material, comentará Azaña, era detestable. Y lo increíble, lo que quedó

⁶ “[La catástrofe del 98]”, manuscrito sin fecha, 7, 38-39.

grabado en los ojos de aquel joven fue que al oír tales denuestos: “el salón se hundía de aplausos”, sin duda porque cada entusiasta mientras aplaudía, estaba pensando: “como acierta don Joaquín, qué brutos son todos estos”. Fue, en todo caso, un recuerdo indeleble: “Yo le vi en la tribuna del Ateneo llorar de rabia temblándole las gruesas facciones, mientras improvisaba una arenga descomunal para confundir, ya que no podía comérselo, a un contradictor impertinente. Irascible, apremiante, iluminado por la indignación, su destino era abrasarse en los sentimiento ingenuos...”, escribirá muchos años después, en 1923⁷.

Por la impresión que causaban sus discursos más que por una aplicada lectura de sus escritos, mientras España vivió de las resultas de sus guerras coloniales la fraseología política, escribió Azaña, se impregnó de costismo. La fraseología y algo más, habría que añadir: el marco que dio forma al discurso sobre el problema español se construyó con materiales procedentes de lo que Azaña llama aquí costismo: pensar España, su historia y su presente condición, además de su situación en Europa y en el mundo, como problema y como dolor fue fruto de la impresión que la voz de Joaquín Costa causó entre sus jóvenes oyentes de los primeros años del siglo, cuando tras “el choque formidable de la catástrofe de España, de la pérdida de España, los que en la edad en que se cuajan ilusiones y uno busca en la vida la realidad de las cosas dulces y bellas con que le adormecieron en la infancia, recibimos en todas partes la respuesta inexorable: ¿Qué buscas? Ya no hay España. Vete en paz”⁸. En medio de esa “ausencia de ideal nacional” restalló con fuerza el mensaje de Costa: reconstituir y europeizar España fue la propuesta que Ortega, escuchándolo, hablando con él, heredó por línea

⁷ Martín Piñol [Manuel Azaña], “Vistazo a la obra de una juventud”, *La Correspondencia de España*, 25 de septiembre de 1911. “El cirujano de hierro, según Costa”, *España*, 24 de noviembre de 1923, en 1, 168-169, y 2, 290. En su conferencia “*Asclepigenia* y la experiencia amatoria de don Juan Valera”, pronunciada en la Sala Rex, de Madrid, el 27 de diciembre de 1928, 2, 782, Azaña definirá este tipo de oratoria como “modo arrogante de llegar a la posesión del auditorio: acaudillarlos y, a fuerza de improperios, levantarlos al temple que el orador desea” y volverá a recordar, sin nombrarla, la indeleble experiencia de sus años mozos: “un orador, de los grandes que hemos oído, se encaraba con una sala de mil o dos mil oyentes y los templaba volcando sobre ellos, con el raudal de una elocuencia prodigiosa, insultos atroces. La sala se hundía con los aplausos. El auditorio bramaba de gusto.”

⁸ Todo esto procede de un texto de Azaña preparado para un homenaje a Melquíades Álvarez al finalizar la asamblea del Partido Reformista, 14 de mayo de 1916, que tal vez no pronunció, pero que he recogido en la edición de sus *Obras*, 1, 259-261

directa, sin intermediario alguno; del mismo modo que reincorporar España a la civilización europea, una consigna a la que Azaña volverá una y otra vez, llegó también a aquella generación de jóvenes que habían perdido la patria de la palabra viva de Costa, si no lo fue de don Juan Valera, a quien Azaña atribuía el consejo terapéutico del que luego hará frecuente uso: poner nuestro espíritu en medio del raudal de las ideas de nuestro siglo, devolver España a la corriente general de la civilización europea⁹.

En eso consiste precisamente “El problema español”, título de la primera conferencia política que Azaña pronuncia, cuando ha cumplido ya los 31 años de su vida, en la Casa del Pueblo de Alcalá de Henares. En ella, lo primero que se le ocurre es presentarse como miembro de “la generación que está llegando a la vida pública, que ha visto los males de la patria y que ha sentido al verlos tanta vergüenza como indignación”. Recuerda enseguida el momento en que comenzaron a sonar en los oídos de aquellos jóvenes los primeros ecos de la vida nacional y solo percibían palabras infames: derrota, venalidad, corrupción, inmoralidad. Era como el revés del sentimiento de patria tan laboriosamente forjado por los agustinos: la España destinada a realizar el plan de Dios en la tierra sustituida de pronto por está otra España derrotada por su propia corrupción, de la que los hombres de su generación son irresponsables. Pero si adosarnos la armadura de los héroes, viviendo entre ruinas como en fastuosos alcázares, le parecía ridículo, tampoco creía que llevara a ninguna parte despreciarnos “a nosotros mismos, apresurándonos a negar toda comunidad con los que ha hecho sonoro el nombre español sobre la tierra”¹⁰. Azaña deriva del diagnóstico sobre la larga decadencia y el desastre una llamada a la acción política: los hombres de su generación deben poner fin a este espectáculo secular protagonizado por un “pueblo inerme”: es menester que, como Saulo, el pueblo español caiga de su caballo y eche a andar por el camino del progreso. Quisiera que fuese para nosotros –dice Azaña– tan necesario como el aire que respiramos pertenecer a una patria grande y respetada, grande por su espíritu, respetada por sus justas leyes. Y eso lo dice no solo en calidad de español, también de alcalaíno,

⁹ En su “Prólogo a *Pepita Jiménez*”, 1927, 2, 619.

¹⁰ Lo había escrito en su novela inédita *La vocación de Jerónimo Garcés*, 1904, 7, 158.

porque el lugar de nacimiento y la nación son como dos círculos concéntricos, de tamaño distinto, pero hechos de la misma sustancia¹¹.

Asoma aquí por vez primera el sentimiento de que la patria es como un ara al que llevar el fruto del sacrificio de cada ciudadano: la patria es algo por lo que se trabaja, algo que está aún por hacer. El ara, sin embargo, ha sido profanada por una inmensa manada de vividores y advenedizos manchados de cieno que usurpan la representación del pueblo y la destrozan para saciar su codicia. En nuestro museo, dice a los alcañinos, “han entrado unos pícaros y la dalmática más espléndida, recamada por una historia ilustre, la van deshinchando para remendarse los calzones.” Historia ilustre, que será preciso rescatar arrojando del santuario a los pícaros. Y para eso Azaña no ve más que un camino: acabar con la usurpación de la representación política, llevar a las instituciones públicas, a los ayuntamientos en primer lugar, a los representantes elegidos en un ejercicio de ciudadanía: transformar el municipio en una escuela de ciudadanía. El organismo que ha de operar esa transformación es el Estado, propugnador y defensor de la cultura y definidor de los derechos, administrador de la justicia. Es preciso infundir a ese organismo sangre nueva, arrancar sus resortes de las manos concupiscentes que lo vienen guiando: tal es el camino. Azaña une así a la idea de patria por construir y de patriotismo como norma de conducta, la exigencia de actuar como ciudadanos. ¿Democracia hemos dicho? se pregunta, y la respuesta es rotunda: Pues democracia y, para eso, es preciso que cada cual se comporte como ciudadano y haga política.

LA PATRIA COMO CULTURA Y LIBERTAD

Están enunciados en esta conferencia los principales elementos que en los años siguientes estructurarán el discurso de Azaña sobre patria, nación y Estado y su mutuas relaciones o implicaciones. En esa construcción, su estancia de once meses en Francia será decisiva, especialmente, para lo que aquí interesa, por su descubrimiento de la patria como cultura o, más exactamente, como una tradición de cultura alimentada por una rica vida institucional. Azaña dispone en París de tiempo y de espacios para dedicarse a sus aficiones preferidas: leer, estudiar,

¹¹ “El problema español”, 2, 149-164

pasear, asistir a conferencias, visitar museos, elaborar proyectos de futuras investigaciones, de libros posibles. Lee y toma nota de todo lo que autores franceses han escrito sobre España, copia largos fragmentos de la *Histoire de France*, de Lavisse, y resume con gran detalle los *Origenes de la France contemporaine*, de Taine, mientras en las conversaciones con sus amigos de Madrid divaga sobre la famosa decadencia española, más perceptible sentados en un café de los bulevares que en una tertulia madrileña¹². Nada de extraño que con tanta charla y tan diversas lecturas le diera vueltas a un plan de estudio sobre la *literatura del desastre*, título que ya había utilizado Miquel dels Sants Oliver para dar cuenta en una serie de artículos recogidos luego en forma de libro de aquella “literatura revuelta, tumultuaria, a trechos estimulante y cáustica, a trechos deprimente y narcótica como el vaho del cloroformo en las enfermerías”¹³. Bajo el mismo título, Azaña se propone delimitar bien su objeto: todas las obras escritas desde 1898 en castellano sobre las causas de la decadencia española, examinar el estado actual de la nación y señalar un remedio a sus males. El propósito de este empeño, al que años después todavía andaba dando vueltas con la pretensión de incluir lo consistía en levantar una especie de balance de las ideas que quedaron atrás, que ya se habían vivido, porque pensaba que con el solo hecho de fijarlas, ayudaría a “precipitar la transición hacia un núcleo de ideas que va a ser muy diferente al de las vividas durante los primeros diez años del siglo”¹⁴.

La curiosidad por el problema español entendido como decadencia de España le llevó también a una inmersión en la cultura francesa de la que derivó una nueva definición de patria y patriotismo, desligada del Estado y de la política. Y es significativo que así fuera porque el Azaña de *El problema español*, que podía parecer jacobino por su exaltación del Estado como una especie de demiurgo sobre el que debía recaer la tarea de conducir a la patria a su redención, más que del Estado recibe en París la fuerte impresión de la capital creadora de cultura, donde los centros cultos, los profesores, los investigadores, los aficionados, están

¹² En *Vida y tiempo de Manuel Azaña, 1880-1940*, Madrid, Taurus, 2008, pp. 72-88 cuento con más detalle las andanzas y lecturas de Azaña durante su estancia en París.

¹³ Miguel de los Santos Oliver, “La literatura del desastre. I. Preliminar”, *La Vanguardia*, 26 de agosto de 1907.

¹⁴ Notas de París, 1911-1912 y “La literatura del desastre”, 7, 250-251.

en comunicación constante, con múltiples revistas especializadas, asambleas, concursos, conferencias, una tradición sostenida por las grandes corporaciones de sabios o por institutos particulares. Esa es la patria y eso es lo que él experimenta de primera mano distribuyendo su tiempo entre la biblioteca de Sainte Geneviève, el Collège de France, la Sorbonne, la École Nationale des Chartes, el Institut de France, la Société des Savants, y abriendo su sentimiento patriótico a una dimensión impensable en Madrid: París es desde muy pronto, a su mirada, el “único fruto vivo de diez siglos de cristianismo y de la razón humana rehabilitada”¹⁵. De ahí que la patria se le presente ante todo como “una cultura tradicional, que persiste viva y fecunda, no muerta y arrinconada en las bibliotecas; en perpetua renovación sin menoscabo de su identidad, como un río que fluye sin tregua y siempre es el mismo río”. Ensancha la idea de patria, escribe desde París pensando en “las cosas de España”, para que en ella quepan todos. “Haz entender que la patria no es un Dios, ni un rey, ni un culto, ni una clase o corporación, sino, como yo la pienso, una cultura”. Solo los que han nacido en esa cultura y participan activamente de ella o colaboran en sus formas actuales “tienen patria y son compatriotas”. Azaña pretende, con esta definición, desvincular la idea de patria y el sentimiento patriótico del “apego al terruño” en el que ve únicamente la “forma vivaz del instinto de apropiación”, una especie de prolongación de la naturaleza, como también ocurre con el “amor a la tierra”, que no considera un sentimiento de mayor envergadura; más aún, pudiera decirse que tal amor es como una “añagaza que nos tiende la naturaleza”. Aplicado a España, esta visión de la patria le lleva a afirmar que si algo somos en cuanto españoles no se deberá “a nuestro cielo azul, a la amenidad o aridez de nuestro suelo, a la altura de las montañas, a la belleza de las mujeres... Valdremos por lo que España haya hecho en pro del espíritu humano, es decir, por lo que signifique como valor universal”. Y si algún día esa corriente espiritual se extenúa, entonces, “la palabra patria será un cascarón vacío”. Esa clase de patria no vale nada o, mejor, vale nada más que para la explotación organizada de aquellos que consideran la patria como una finca y la acotan como un campo laborable¹⁶.

¹⁵ “Las piedras negras”, *La Correspondencia de España*, 19 de diciembre de 1911, 1, 177.

¹⁶ “Desde París. Las cosas de España”, 1912, 7, 238-239.

Es significativo que, con esta idea de patria, Azaña proponga en un rendido elogio fúnebre a Marcelino Menéndez Pelayo (cuya muerte le parece cruel, aciaga e injusta) como ejemplo del maestro que “ha cultivado la forma más pura de patriotismo: el trabajo”. Trabajo, además, en condiciones difíciles, no como ya es habitual en países civilizados, con esos centros de cultura en constante comunicación de los que él disfruta en París. En España no existe nada de eso. Don Marcelino encontró todo por hacer; obligado a ser a la vez peón y arquitecto, tuvo que descubrir y allegar materiales y construir con ellos. Ese fue su galardón, que solo conocen “aquellos que frecuentan para deleite de su corazón español las fuentes primarias de la historia patria”, un placer que Menéndez Pelayo debió de gustar hasta el paroxismo al remozar su alma en un coloquio de honesto y recatado amor a las cosas españolas. Y porque no se piense que al escribir esto con la intención de publicarlo haya caído en una especie de éxtasis españolista, advierte de inmediato: “Yo aborrezco el españolismo, porque es impertinencia o piratería, pero amo lo español como me amo a mí mismo y creo que con ese amor deben ser miradas las cosas de la patria, hasta sus llagas, porque sin él ni las llagas veremos. Los que emprenden con ese ánimo el estudio de nuestros orígenes se encadenan para toda la vida con cadenas de oro: tanta fuerza tienen [...] las voces de quienes forjaron el alma y el idioma nacionales”¹⁷.

De manera que lo que Azaña se trae de su primera larga estancia en París, desde noviembre de 1911 hasta octubre de 1912, no es la idea de un Estado fuerte, centralizado, artífice de una identidad nacional, sino la de una patria como cultura tradicional en permanente renovación, que no se confunde con un sentimiento natural, que fue forjada en algún momento de la historia por quienes crearon el idioma, que puede agostarse y perderse, pero que es también susceptible de recuperarse y enriquecerse. El patriotismo, había escrito años antes Juan Valera, “es una virtud o un sentimiento de los libres y no de los siervos o esclavos [...] no sólo implica libertad sino también, por muy extraño que parezca, cierta cultura.

¹⁷ “Desde París. Un adiós al maestro”, mayo de 1912. El 22 de mayo de 1912, Azaña escribió en su diario: “Me entero de que ha muerto Menéndez Pelayo”. Cinco días después, el 27, escribe: “Durante tres días no he hecho nada, fuera de escribir un artículo sobre don Marcelino; ayer le mandé a *La Correspondencia*”. Diarios, París, 1912, 1, 721-722. *La Correspondencia* no lo publicó.

¿Cómo ha de ser el pueblo patriota si ignora qué es la patria?”¹⁸. Lo mismo piensa Manuel Azaña y con esa idea, o quizá mejor con ese sentimiento, decide actuar desde la institución cultural más viva y dinámica del Madrid de su tiempo, el Ateneo, y a su regreso de París se presenta en febrero de 1913 como candidato a la secretaría primera desde donde se incorpora pocos meses después al nuevo partido reformista de Melquíades Álvarez y firma la llamada de Ortega por una nueva política. Y es claro el eco de lo vivido en París cuando en la primera de sus conferencias como propagandista del reformismo, pronunciada en el Polistilo en diciembre de 1913, afirma que la patria “no equivale siquiera al territorio; no está vinculada al suelo que pisamos y que llamamos nuestro; nuestra patria consiste en una tradición de cultura, en un depósito de ideas y sentimientos, valederos en todo momento y que se transmiten de generación en generación, no como un amuleto sino como un estímulo, como un acicate.” Llamarse español significa “estar incorporado y participar en una corriente espiritual siempre viva, de abolengo, y siempre renovada, con valor más extenso que los límites y fronteras del territorio”¹⁹.

Esta dimensión cultural de la patria se complementa enseguida con los valores universales de justicia y libertad, evocados en todos sus discursos reformistas. La Patria para nosotros, escribe en un texto de homenaje a Melquíades Álvarez, será la que realice la justicia y la libertad, la que nos preste los medios de arribar a los órdenes superiores de la cultura humana, la que nos permita realizar en su plenitud la aspiraciones de nuestra conciencia de hombres libres, no la que nos veje, no la que nos oprima, no la que viole y escarnezca nuestro íntimo sentido del derecho²⁰. Esta es una nueva dimensión de la patria que Azaña verá a la obra en la energía moral desplegada por el pueblo francés, por la nación en armas, en Reims y en Verdun, de la que se desprende una moral inagotable. En su primer viaje a los frentes de la Gran Guerra, encuentra la fuente de esa energía en la adhesión confusa a una patria, en los impulsos de la sangre,

¹⁸ Juan Valera, “De la perversión moral de la España de nuestros días” [1876], en *Obras Completas*, Madrid, Aguilar, 1958, vol. III, p. 1321.

¹⁹ “En el Polistilo”, conferencia pronunciada el 6 diciembre 1913, en 1, 228, con datación de 1 de diciembre, manuscrita en el texto.

²⁰ Homenaje a Melquíades Álvarez, 14 de mayo de 1916, 1, 259-261.

en el apego al suelo natal, a los usos heredados, a las tradiciones locales o nacionales, a todo lo que está situado en lo que sigue considerando la forma más general y menos valiosa del patriotismo, pero sobre todo en la cultura a la que nos sentimos incorporados como norma superior y que sirve de enlace con la vida del mundo entero. La idea de patria se despoja así de exclusivismos. La patria es una libertad y una creación de hombres libres. Tal es la nueva lección aprendida de la guerra que luego expondrá en sus discursos de 1917 en el Ateneo: la patria como valor moral, que es preciso crear todos los días por la justicia y la libertad que garantizan la autonomía individual. Eran los tres ideales de Azaña, que tanto llamaron la atención del periodista Mario Aguilar, durante su segundo viaje a los frentes de guerra de Francia: la Patria, la Libertad y la Eficacia. Es lo que impulsa a Manuel Azaña a inclinarse ante el arzobispo de Reims para besarle el anillo. Este hombre –alegó Azaña, ante la sorpresa de quienes lo tenían por un jacobino anticlerical- sigue viviendo al lado de la catedral bombardeada y vacía. Sirve a la Iglesia, pero también sirve a su Patria. Es un arzobispo pero es también a su manera un soldado²¹.

Toda esta acumulación de experiencias, de elaboración de ideas y de cultivo de sentimientos alcanza un primer momento de plenitud, en su doble dimensión cultural y política, estrechamente relacionadas con su doble condición de secretario del Ateneo y de militante reformista, en la campaña electoral de febrero de 1918 y en una conferencia impartida en abril de 1919. Azaña se presenta ante los electores del distrito de Puente del Arzobispo y les endilga un discurso centrado sobre el sentimiento patriótico: “Ha sonado el momento de que el pueblo español haga oír su voz [...] Esto no es una amenaza vana [...] La patria está en peligro, ciudadanos”. Probablemente, su auditorio expresara alguna muestra de extrañeza y se preguntara por qué habría de estar la patria en peligro en febrero de 1918. Azaña, en todo caso, lo aclara: “Al decir que está en peligro la patria quiero decir que nuestra calidad de hombres libres y las prerrogativas naturales que como a criaturas inteligentes nos corresponden está en peligro también, porque la libertad y la justicia son tan iguales a la patria como dos cosas pueden ser y con

²¹ Los textos citados de Azaña proceden de dos conferencias en el Ateneo, “Reims y Verdún” y “Los motivos de la germanofilia”, I, 281-282 y 329-330. El comentario de Aguilar, en “Don Manuel Azaña hace quince años”, *Ahora*, 25 de marzo de 1932.

ellas se confunden”. Y para que no quedaran dudas sobre lo que entiende por patria, vuelve de nuevo sobre temas muy queridos para él con objeto de desvincular el sentimiento de patria de una determinada forma de Estado, de creencia, de la tierra y de los muertos: “Esa patria de que yo os hablo no es la monarquía, ni la religión, ni el territorio nacional, no es la tierra que nos ha visto nacer, ni el cielo que nos cobija, ni las tradiciones de nuestros antepasados, ni los recuerdos familiares, ni otra porción de sentimientos placenteros o tiernos que todos los hombres tienen. La patria en la que yo pienso al decir estas cosas es nuestra propia obra, la hacemos libremente; es la asociación de hombres libres que viven bajo su ley, hecha por ellos, que vive de la garantía y la defensa de nuestros derechos.” Esa es la patria cuando de lo que se trata es de arrebatarse el gobierno del Estado a quienes en un día maldito descubrieron que nos habían dejado sin patria²².

Pero al tiempo que refuerza, como elemento central de un programa político, la identificación entre patria y libertad, Manuel Azaña sale en busca de las fuentes primeras de las que mana la historia patria por ver si consigue averiguar “cómo nos quedamos sin España” y encontrar “el secreto inefable del destino”. Dedicaba entonces su tiempo a la lectura de crónicas, poemas, romances, *enxiemplos*, tratados y doctrinales en los que late “el corazón de muchos hombres que fueron los padres verdaderos de la patria: ellos crearon la cosa y el nombre porque forjaron el alma nacional y el idioma en que ese alma desde hace tantos siglos viene hablando”. Crearon la cosa y el nombre: la patria es una creación, que no está dada de una vez por todas, una creación que es preciso seguir construyendo, pero con un origen que se puede identificar. Azaña lo encuentra en los siglos de la Alta Edad Media, vadeando el prestigio del siglo de oro –político y literario– “que ha creado un españolismo de tizona y herreruelo, donde con la mejor intención las virtudes esenciales de la casta se ponen en caricatura”, un siglo, por lo demás, cuyo formidable estruendo “ahoga el rumor de las voces antiguas”. Conviene desviar los ojos un momento del siglo deslumbrador y gozar las flores de nuestra antigua primavera, que “es el modo de abordar con pie seguro

²² Manuscrito del discurso como candidato a diputado, pronunciado probablemente el 24 de febrero de 1918: 1, 382-383.

nuestra época ‘imperial’, como ahora se dice. Al llegar a sus playas vendremos de alguna parte”²³.

Son esas voces antiguas, esa flores de la antigua primavera, las que recupera en un “ensayo de biografía de Alfonso Onceno”, conferencia impartida en el Ateneo de Madrid el día 5 de abril de 1919, precedida de unas notas a modo de introducción a las que dio el título provisional de “En los nidos de antaño”. Es claro que Azaña pretendió con las lecturas que sostienen estos textos, posiblemente en los volúmenes del *Memorial histórico español* que Manuel Danvila había publicados entre 1897 y 1900 y que, como asegura Joseph Perez, “nadie antes de Azaña, había leído, ni siquiera el mismo Manuel Danvila”²⁴, buscar el origen de la patria lejos, o más allá, del siglo imperial y católico, siguiendo una tradición bien afincada en el pensamiento liberal español del siglo XIX. No hay en su ensayo, dice el mismo Azaña, “palabra que no vibre con la emoción que llamaríamos patriótica por modo provisional, o más bien histórico, en espera de los esclarecimientos que disipen la justa alarma provocada por aquel vocablo en el ánimo de las personas sensatas”, una cautela incomprensible si no se tiene en cuenta que entre el amor a la patria de sus escritos de 1912 y la vibración patriótica de 1919 ha ocurrido la catástrofe de la Gran Guerra y, aunque sin referirse a este acontecimiento, Azaña considera que aplicar a algo el calificativo de patriótico es “peligroso para la claridad y buena comprensión del discurso”. Hay en efecto un patriotismo que no se contenta con ser una virtud, o sea, una fuerza y disposición del animo que pospone los intereses pasajeros del individuo a los intereses superiores y permanentes de la comunidad, que pretende definir esos intereses y que pretende ser según los casos, un criterio lógico, jurídico o estético.

Esa forma de patriotismo es la que procede en línea directa de aquel otro petrificado, convertido en una dogmática, de sus años de El Escorial, y de lo que ahora llama “españolismo de tizona y herreruelo”, propio de quienes identifican la nación española con el imperio de los Austria. Y del mismo modo que los padres

²³ Para esto y lo que sigue: “En los nidos de antaño” y “Siendo rey Alfonso Onceno” en 7, 288-291 y 293-306. La conferencia, titulada “En tiempo de Alfonso XI” formó parte de un ciclo sobre “Figuras del Romancero”, organizado por el Ateneo de Madrid, *El Imparcial*, 6 de abril de 1919.

²⁴ Joseph Perez, “Manuel Azaña et l’histoire”, en Jean Pierre Amalric y Paul Aubert, eds., *Azaña et son temps*, Madrid, Casa de Velázquez, 1993, p. 144.

de la Constitución de 1812 se creyeron obligados a buscar el origen de la “Constitución histórica” de España en los siglos bajomedievales, como un escudo en el que vinieran a estrellarse los ataques de los absolutistas que trataban por todos los medios de establecer una relación directa con el modelo francés de 1791, ahora Azaña propone también alargar más atrás la mirada y el oído: suenan Milán y Amberes, Holanda y la Borgoña, pero de aquellos pueblos, fuertes y duros como sus nombres -Lerma, Alcántara, Arévalo, Escalona- ¿qué se hizo? Ya no son los recios guardianes de otrora, albergues de la ambición o del derecho... De ahí procede la herencia histórica de lo español, sujeta, en cuanto principio de conducta, al correctivo de la razón. El patriotismo no consiste en un entusiasmo que desemboca en un código dogmático y normativo. La patria, en verdad, a todos nos forma, querámoslo o no, en grandísima medida, pero por más que nos forme, no se sustrae a nuestro juicio, “tan severo e independiente como nuestro criterio desinteresado nos lo dicta”²⁵.

Por eso, los vocablos patria y patriotismo, de los que tanto se abusa, como una capa que ha colgado de muchos hombros, no todos limpios ni decentes, no se pueden emplear “sin someterlos a una fumigación previa”, o más bien dos. La primera fumigación consiste en arrancarlos del tiempo en que está consolidada la identidad de patria con monarquía, religión e imperio y salir a su encuentro en los momentos de su todavía balbuciente formación, de manera que no pueda derivarse de su evocación un código petrificado de conducta: la patria es una herencia sometida a la razón. Pero todavía habrá una segunda fumigación, que consistirá en no atribuir móviles patrióticos a nada de lo ocurrido antes de la “invención” de la idea de patria. El móvil de la Reconquista no fue patriótico, fue la recuperación del suelo; era la tierra, no la patria lo que buscaban los señores feudales. Eugenio Sellés incurre en anacronismo al suponer un móvil patriótico en Guzmán el Bueno o en el Cid, guiados en verdad por otro tipo de valores: el honor caballeresco, los vínculos de dependencia personal, el juramento de morir por el caudillo o señor. “¿De cuándo data la *invención* de la idea de patria y el sentimiento patriótico?” se pregunta entonces. Y la respuesta es clara: “la patria es moderna; supone la igualdad de los ciudadanos ante la ley; es democrática”. Es la

²⁵ “En los nidos de antaño”, 7, 288-289.

Revolución francesa la que inventa la idea de patria y el sentimiento que la acompaña²⁶.

Efectuadas las dos fumigaciones, Azaña tratará de devolver a la idea de patria su valor primordial como acicate para la acción. La patria, por ser principalmente un valor moral, una cosa espiritual, hay que crearla todos los días, a cada hora, primero en nuestra alma, después en la historia, introduciéndola en el cuadro general del mundo como una modalidad del espíritu humano. No basta amar a la patria, hay que crearla. Por eso dice a quienes siguen sus conferencias sobre *Los motivos de la germanofilia* : la patria es una libertad y una creación de hombres libres²⁷.

PATRIA COMO REPÚBLICA

“Cualquier patria es más amplia que una forma de gobierno. España es distinta de la República y de la Monarquía”, escribió Azaña en marzo de 1924 a propósito de unas declaraciones de Jacinto Benavente: “Soy monárquico porque soy español”, con lo cual, le reprochaba, excluía del hogar común a quien no profesara el monarquismo. Para esa fecha, Azaña preparaba una “Apelación a la República” en la que aparece, más que como un republicano, como un liberal que reclama la democracia para existir. Democracia quiere decir ahora, después del golpe de Estado del general Primo de Ribera, y como siempre, “que los hombres libres defienden, ejercen, garantizan por sí mismos su propia libertad. Y si no lo hacen no son libres, aunque sean liberales”, pues como tendrá ocasión de decir a su querido amigo Antonio Royo Villanova, “una cosa es el liberalismo y otra cosa es la libertad”²⁸. Un liberalismo que se sostiene en dos ideas: la idea del individuo soberano, ser de derechos, y la idea de nación, que es el marco histórico en que el hombre cumple su destino. Lejos todavía de exigir la proclamación de una república, Azaña declara irrenunciable “que haya una asamblea elegida directamente por el pueblo”. La enseña de su acción política debe ser un

²⁶ “Un gran anacronismo: el patriotismo en la Edad Media”, de unas notas sobre Sellés. 7, 324.

²⁷ “Los motivos de la germanofilia”, mayo de 1917, 1, 330.

²⁸ Al discutirse, año después, en las Cortes de la República la censura de periódicos y la ley de defensa de la República, 3, 270.

parlamento libre que instaure un régimen capaz de asegurar con más eficacia que el de 1876 la vida civil. Pero añade: “es moralmente obligatorio intentar realizar ese programa por medios pacíficos”²⁹. Azaña nunca ha sido revolucionario; más bien la revolución le espantaba: en 1913 se confesaba dispuesto a reconocer que se podía ser revolucionario 24 horas, pero no aceptaba que se pudiera serlo durante 24 años; se debía ser revolucionario contra el régimen, cuando el régimen era un obstáculo inmovible para el triunfo del contenido esencial de la democracia; pero no era lícito llamarse revolucionario, más aún: era antipatriótico llamarse revolucionario cuando el régimen se muestra propicio a aceptar y convalidar los anhelos del país liberal y a caucionarlos con su autoridad constitucional³⁰.

En este punto, el Azaña de los años veinte no andaba muy alejado del joven polemista que en la Academia de Jurisprudencia rebatía a principios de siglo la idea de que la república fuera el mejor sistema de gobierno conocido. Según el joven Azaña, en el orden de las ideas puras, lo que servía de base para pronunciarse en pro o en contra de un sistema de gobierno era el mayor o menor grado de libertad y la tendencia hacia la igualdad que se encontrara en sus instituciones, la sanción y el empuje que prestara a los anhelos de los ciudadanos hacia esos ideales y el espíritu progresivo de que se hallaran animadas. La proclamación del dogma político de la soberanía nacional, al fundar todo el organismo político en la representación y la delegación era la explicación práctica de estas doctrinas, y el sufragio universal y la libertad política eran sus signos y la mismo tiempo los medios de conservar esa exaltación de la personalidad del ciudadano. Consideradas la monarquía y la república en su relación con ese ideal, no se diferenciaban sustancialmente, lo que importaba era su realización práctica y, a este respecto, una monarquía democrática era mayor garantía de libertad e igualdad que una república tiránica. Tal era la posición de Azaña en 1902, completada con la observación de que aun en el caso de que por circunstancias históricas una forma de gobierno en un país determinado fuera mejor que la otra,

²⁹ “Apelación a la República”, mayo de 1924, 2, 378 y 385.

³⁰ “En el Polistilo”, 1, 221.

“no debe jamás imponerse, ni implantarse por la fuerza, produciendo trastornos en la sociedad.”³¹.

Esa fue también su posición en 1913, cuando decidió participar en la “experiencia monárquica”, o lo que era igual, echar a andar por el camino del reformismo hacia la meta de la democracia dentro de la monarquía. Hasta ese momento, Azaña nunca había identificado una forma de gobierno –monarquía, república- con la democracia y, menos aun, con la idea o el sentimiento de patria. Pero diez años después del comienzo de aquella experiencia, en 1923, en lugar de avanzar hacia la democracia, “don Alfonso no solo ha roto, voluntariamente, con maduro consejo, el pacto constitucional, sino el lazo que la naturaleza y la ley ponen entre los hijos de España, lazo anterior a las dinastías, a las religiones, a la vocación política”. Del régimen anterior, no quedaba nada aprovechable y de la experiencia de los diez años no podía derivarse más que una conclusión: “el supuesto del liberalismo monárquico ha quebrado; la democracia es incompatible con la monarquía”. Azaña mantuvo, sin embargo, todavía durante unos años, como principio para la acción política, que “si bien la guerra civil, la revolución, podrían sacar una España diferente, el precio sería tal vez excesivo y el resultado inestable”. Mejor, pues, “tentar el vado”. Y el vado consiste, en 1924, en la convocatoria de elecciones a Cortes constituyentes sin necesidad de previa proclamación de una república. Ahora, si el vado resultara también infranqueable, “si la violencia frustrase una vez más nuestro derecho, ¿qué escrúpulo moral nos detendría para aconsejar la apelación a la fuerza”. Absolutamente ninguno, pues en tal caso, “cerrados los caminos pacíficos, la violencia en todas sus formas sería justa. La violencia vindicaría el derecho, prescindiendo como suele, por eso es violencia, de consultar el gusto embotado de los más”³².

La violencia de la que habla Azaña es la revolución, que viene una y otra vez a sus discursos desde que la caída de Primo de Rivera abre nuevos espacios a la movilización republicana: desde su alocución de 11 de febrero con motivo del banquete de celebración del aniversario de la República hasta el mitin en la plaza de toros de Madrid a finales de septiembre de 1930, Azaña ve en marcha la

³¹ “Discurso en el debate de la memoria *Educación y matrimonio de los reyes*, presentada por Eudoxio Sosa Gallego”, 23 de abril de 1902, 1, 131-132.

³² *Apelación a la República*, 2, 385.

revolución popular que pondrá fin a la monarquía y proclamará la república. “Hemos de crear un Estado nuevo, dice a los republicanos catalanes, dentro del cual podamos vivir todos. Eso se llama lisamente revolución [...] El Estado ha de surgir de la voluntad popular y ha de ser la garantía de la libertad. Esto se llama República”. Una revolución, pues, porque ya no contempla ninguna salida que no sea la creación de un Estado nuevo; pero un Estado que surja de la voluntad popular: y eso no puede expresarse en la monarquía; eso es ya República. Es lo que dice alguien que, sin ser patriota, se halla “español por todos cuatro costados”. Patriota, en marzo de 1930, le parece una palabra que, si hace más de un siglo significaba revolución y libertad, ha venido a corromperse y hoy, en 1930, encierra, manoseada por las gentes peores, la acepción más rezagada de los intereses públicos, y expresa la intransigencia suma, la intolerancia, la oclusión mental. Patriota, no; pero si español, aunque no españolista. Un español animado por un espíritu cívico liberal para quien la trayectoria de una vida pública es la resultante de estas dos fuerzas: una tradición corregida por la razón.

De manera que el “giro azañista” consistió en identificar monarquía con despotismo o tiranía y república con libertad y democracia, y por tanto en abandonar la tesis, sostenida desde 1902, que veía en ellas meras formas de gobierno para definir las a partir de 1923 como distintas formas de Estado³³. Pero no solo eso, porque tan importante como el giro ideológico o conceptual es el consiguiente abandono de la estrategia gradualista del tránsito por medios legales de una forma a otra de gobierno y su sustitución por la revolución como vía para la implantación del nuevo Estado. Estas dos dimensiones del giro de Azaña van naturalmente acompañadas por una tercera: la exigencia de nuevos contenidos programáticos que no se limitan ya a la libertad y a la democracia sino a lo que llama refacción de la sociedad y a la misma constitución interna del Estado, que imponen a su vez una cuarta: la necesidad de una coalición de Alianza Republicana, a la que su pequeño grupo político pertenece, con la clase obrera organizada, o sea, los socialistas, y con las fuerzas nacionalistas que reclaman una nueva relación de Cataluña y Galicia con España. A ello obedece el encuentro de San Sebastián en agosto de 1930 de Alianza Republicana con representantes del

³³ Así lo define Manuel Aragón en “Manuel Azaña y su idea de la República”, en Vicente-Alberto Serrano y José-María San Luciano, *Azaña*, Madrid, 1980, pp. 229-230.

republicanismo catalán y gallego y la posterior negociación, en la que Azaña tuvo parte sustancial, con los socialistas, con el propósito de que se incorporaran a una revolución planeada a la manera decimonónica, con militares en la calle y la clase obrera en huelga general.

No fue así como advino la República, sino como resultado de unas elecciones municipales planteadas y resueltas como un plebiscito sobre la Monarquía. Azaña identificó entonces la revolución con la manifestación de la voluntad popular expresada en un ejercicio de libertad ya desde sus primeros discursos como ministro de la Guerra del primer gobierno de la República e incluso la llevó a la exposición de motivos de algún decreto, porque en ella pretendía anclar la legitimidad de un nuevo Estado que no podía reducirse a una república coronada ni a una monarquía con gorro frigio. Al ser una revolución, la República significa una “ruptura total, tajante con el pasado y, además, la reconstitución del país y del Estado desde los cimientos a la cima”³⁴. El nuevo Estado, que se constituye a sí mismo como República, tenía por delante la tarea de rehacer la sociedad como expresión de esa voluntad popular. La política es “una creación que se plasma en forma sacadas de nuestra inspiración, de nuestra sensibilidad, y logradas por nuestra energía”. El primer paso de esa creación debía consistir en desechar “la opresión del pasado y las añoranzas históricas”³⁵. Al hablar así, no se sentía arqueólogo ni historicista, ni pretendía construir con materiales arramblados de las ruinas del pasado el nuevo edificio de la República: eso era precisamente lo que había reprochado a los liberales del siglo XIX y eso fue lo que reprochó a Costa o lo que había debatido con Salvador de Madariaga, que defendía una constitución acorde con el carácter español y Azaña le preguntaba si acaso no tendrían que formar todos los españoles un corro inmenso alrededor de los Toros de Guisando y esperar con ansiedad a que ese venerable vestigio ibérico nos revelara nuestra identidad nacional. Definitivamente, Azaña no sabía “dónde

³⁴ “Discurso en el mitin del partido de Unión Republicana”, Valencia, 7 de junio de 1931, 3, 20.

³⁵ “Llamada al combate”. Alocución en el banquete republicano de 11 de febrero de 1930, 2, 939-940.

empieza históricamente el carácter nacional de España, ni dónde concluye en la esfera de las costumbres actuales”³⁶.

De manera que, por dondequiera que se mirara, lo ocurrido en España consistía en una ruptura con el pasado que habría de servir para construir sobre nuevas bases el futuro de la sociedad y del Estado. Esas nuevas bases tienen sin embargo un fondo sobre el que asentarse, la patria, que es una tradición cultural, que ahora se funde con la República, pero que es anterior a ella y que con ella, bajo el nombre de España mantiene una continuidad. Manuel Azaña, que es ministro de la Guerra, siente la urgencia de hacer partícipe al ejército de esta nueva realidad. En su primer acto público rodeado de militares, recordó que se sentía “unido al Ejército” no solo por deberes del cargo o por lazos familiares, sino que lo estaba “además en el fondo del alma por un firme sentimiento de amor a la patria”. La patria es desde este momento la República y los militares serán los “hijos predilectos de la República”. En el discurso pronunciado en la fiesta del ejército, con la solemne entrega de la nueva bandera nacional, el ministro les dice que la enseña representa y simboliza tres cosas: la Patria, la República, la Autoridad. La patria es el depósito de todos los valores espirituales de nuestra raza y de toda la grandeza que hemos heredado de nuestros antepasados; la República es la forma definitiva del Estado que se ha constituido por la soberana voluntad del pueblo. No se tiene verdadero concepto de una patria hasta no verla libre. Y los ciudadanos, “al respetar las decisiones que emanan del poder rinden a la Patria sagrada veneración y noble y abnegada lealtad; a las autoridades obediencia amplísima y a las leyes estatuidas, sincero respeto”. De la fusión de esos ideales y de la concreción de esos principio nace la idea de Patria que hoy se resume con un solo nombre: República. Patria y República son la misma cosa. Y como la ceremonia se desarrolla en Toledo, Azaña no pierde la ocasión de recordar que Toledo, “santuario de gloriosas tradiciones, resume de la manera más dramática y más patética la historia memorable de nuestra patria”. No hay que

³⁶ “Una Constitución en busca de autor”, España, 12 de enero de 1924, 2, 309.

renegar de nada de lo que ha hecho España, pero los militares están obligados a contribuir en la fundación sobre bases nuevas de la España futura³⁷.

Azaña evocó también el origen revolucionario de la República en uno del puñado de discursos llamados a resonar mas allá del ámbito y el tiempo en que se produjeron: el dedicado a resolver el embrollo en que se había estancado el debate del artículo 24 del proyecto de Constitución, luego artículo 26 de la Constitución, sobre la conocida como cuestión religiosa. Comenzó esbozando una teoría de las revoluciones: “En los pueblos donde se corta el paso a las reformas regulares de la legislación, donde se cierra el camino a la reforma gradual de la ley [...] se produce fatalmente, si el pueblo no está muerto, una revolución, que no es ilegal, sino por esencia antilegal”. Tal revolución puede ser somera, si no pasa de la categoría motinesca, o profunda, tenaz, duradera y penetrante, categoría a la que sin duda pertenece la española que, al expulsar a la dinastía y restaurar las libertades no ha hecho más que plantear aquellos otros problemas que han de transformar el Estado y la sociedad españoles desde la raíz. En la noche de 13 de diciembre de 1931, esos problemas eran tres: el de las autonomías regionales, el problema social en su forma más urgente y aguda que es la reforma de la propiedad, “y éste que llaman problema religioso y que es, en rigor, la implantación del laicismo del Estado con todas sus inevitables y rigurosas consecuencias”³⁸.

Si interesa en este contexto la respuesta que ofrece Azaña al problema religioso es porque una larga tradición, no sólo de pensamiento, sino también con un evidente sello en la historia constitucional, había identificado España, nación española y patria española con nación católica y patria católica; más aún, lo católico era lo que constituía a España en su ser, de manera que si por azar, o por diabólico designio de los del mandil y el triángulo, dejara de ser católica, España dejaría de ser, desaparecería como nación. Este no era un debate del pasado: esta fue la línea de defensa católica ante la presencia, tan frágil, tan minoritaria, de la Institución Libre de Enseñanza, o en general de “los intelectuales”, un concepto que resumía por sí solo todo lo contrario a lo nacional, lo católico y lo español,

³⁷ “Discurso en el banquete celebrado en el Centro del Ejército y de la Armada con ocasión del fin del curso de capitanes en la Escuela central de tiro”, y “Discurso en la fiesta del Ejército” 27 de abril y 7 de octubre de 1931, 3, 5 y 73.

³⁸ “Política religiosa: el artículo 26 de la Constitución”, 3, 77.

como escribía el canónigo de Granada Rafael García y García de Castro³⁹. Desde el Concordato de 1851 y, más aún, desde la simbiótica relación con la Monarquía, conquistada por la Iglesia católica gracias a la Constitución de 1876, la jerarquía de la Iglesia había defendido con éxito la abrumadora presencia de multitud de órdenes religiosas en los niveles de la enseñanza secundaria y la definición de la religión católica como oficial del Estado. Y en el plano del debate intelectual, no estaba lejos el enfrentamiento, que no rompió ni la estima mutua ni la amistad, de Juan Valera con Marcelino Menéndez Pelayo en torno a la esencia católica de España. Tarde se formó la unidad nacional, escribió Valera para oponerse, según comenta Azaña, al catolicismo exclusivista de Menéndez y Pelayo; “pero desde hace muchos siglos hay España, y no sólo como mera expresión geográfica, sino como cuna y patria de hombres que consideramos antepasados nuestros”. Ahí estaban los filósofos y poetas como Séneca y Lucano o los españoles sectarios del Talmud y del Corán para echar por tierra “la afirmación de que todo gran pensamiento español ha de ser católico y de que todo aquel que no lo tiene reniega de su casta”.

Pero, en 1927, Azaña creía que “la honra de hacernos compatriotas de Avicebrón, de Maimonides, de Trajano, de Seneca y aún de Viriato y los numantinos, se paga desvirtuando un poco el espíritu nacional en el modo como se manifiesta dentro de nuestra era mediante el idioma”. Si el “espíritu nacional” emergió con la lengua, entonces España como patria de todos nosotros no puede remontarse a los romanos ni a los árabes: entrarían a ser españoles no pocas gentes que incorporaban otra civilización muy distinta de la nuestra y cobrarían un poderío determinante los elementos naturales que Valera, de primera intención, dejaba casi inertes, y que Azaña consideraba como una forma inferior, instintiva o primitiva de patriotismo⁴⁰. De modo que sí; la España de que venimos era en verdad católica, había recibido del catolicismo el sello de su identidad, de

³⁹ Así lo entendía el canónigo de la catedral de Granada Rafael García y García de Castro, *Los 'intelectuales' y la Iglesia*, Madrid, Fax, 1934, pp. 14-17. Premiado con el arzobispado, García y García de Castro volverá a la carga preguntándose sobre el curso de la heterodoxia española desde la época de Menéndez Pelayo hasta nuestros días: “Menéndez Pelayo y su *Historia de los heterodoxos españoles*”, en Marcelino Menéndez Pelayo, *Historia de los heterodoxos españoles*, Madrid, BAC, 1956, vol. 2, pp. 1197-1223.

⁴⁰ Azaña apunta el debate en *Vida de don Juan Valera*, 2, 483; mejor desarrollado en “Prólogo a Pepita Jiménez”, 2, 619-620.

su genio, y nada de lo que brilló en los momentos de gloria puede prescindir de ese sello. Pero eso era el pasado. Y, como había escrito en sus reflexiones sobre catalanismo, “lo pasado, pasado está; basta que no se utilice malintencionadamente o erróneamente, mas también sin cándidas exposiciones líricovanidosas”⁴¹. España ha sido católica, dijo en Valencia, cuando aún no se trataba de un debate constituyente; España ha dejado de ser católica, dirá cuando se discuta la nueva Constitución de la República: no que no hubiera católicos en España, los había a millones, sino que la nación, la patria, o sea, España, ya no era católica. Y como la República era el nuevo Estado, era la patria en construcción, había que tomar nota de este hecho y sacar las consecuencias.

El éxito inmediato de la intervención de Azaña en el debate constitucional lo llevó a la presidencia del gobierno, tras las dimisiones de Niceto Alcalá-Zamora y de Miguel Maura. En principio, su elección, sin ser interina, se interpretó como una fórmula transitoria hasta la aprobación de la Constitución y el nombramiento del primer presidente de la República. Pero promulgada la Constitución y elegido el mismo Alcalá-Zamora para la presidencia, Azaña fue ratificado en su cargo ante la imposibilidad de mantener en vida una coalición que abarcara desde los socialistas a los radicales. Las miradas se concentraron en aquel personaje que, sin ser exactamente un desconocido, tampoco había destacado antes de la proclamación de la República como dirigente indiscutible del republicanismo. ¿Quién era Azaña? ¿Qué se proponía? “Al brotar don Manuel Azaña de la obscuridad anónima de la covachuela, de la media luz de la tertulia literaria y de densa la atmósfera del club para subir rápidamente a la presidencia del Consejo de Ministros, interesa conocer al hombre y anotar sus ideas”, escribió Nicolás González Ruiz –un periodista de la escuela de Herrera Oria- en el prólogo a uno de los primeros libros⁴² destinado a aclarar el misterio de aquel tipo siempre vestido de gris, personaje oscuro, al que se suponía a cargo de las últimas voluntades en una maloliente oficina de los Registros, literato frustrado, sin lectores, rencoroso, de infancia desgraciada, oculto a la mirada en tertulias y antros. Un festín, en definitiva, para quienes, sorprendidos por su rápida subida a

⁴¹ “Catalanismo” [1918], 7, 381

⁴² Nicolás González Ruiz, *Azaña. Sus ideas religiosas. Sus ideas políticas. El hombre*, Madrid, Gráfica Universal, 1932, pp. 5-6.

la presidencia del gobierno, y convencidos de que únicamente él podía presidir un gobierno de coalición de republicanos de izquierda y socialistas sostenido en una mayoría parlamentaria, pensaron que el camino más corto para derrocar al gobierno consistía en destruir a su presidente.

El camino a la destrucción consistió en presentarlo como un déspota que había alimentado durante años, recluido en su oscuro antro, el diabólico designio de triturar al ejército y erradicar de los corazones infantiles el sentimiento religioso en una estrategia de destrucción de la patria. Azaña será así, por sus reformas militares y por su política religiosa, un enemigo de la patria, un antipatria. Y es polemizando contra esas “gentes desalumbradas que en su furor polémico han llegado a decir que yo he dejado de ser español” cuando se presenta a sí mismo como “el español más tradicionalista que hay en la Península” y que, precisamente por serlo, no puede admitir que se identifique España y la tradición española con “los harapos de la vida política española, caída ya en la miseria y en la hediondez, con los restos de regímenes abolidos, que pretenden hacerse pasar por la más genuina representación del alma española”. No duda entonces en repetir el argumento de Valera frente a Menéndez Pelayo: “España, es anterior a Recaredo, y cuando los últimos vestigios de la posteridad espiritual de Recaredo hayan desaparecido, España subsistirá”. España es más antigua que la monarquía, viene a decir, y en nuestros días, es la República la forma estricta del ser político español y, por serlo, es “la forma más entrañablemente adherida a la tradición española”. Para eso, era menester dar la vuelta al argumento recién empleado sobre el ser católico de España. La República, anclada en la tradición, ha venido a poner fin a una digresión monstruosa de la historia española, una digresión que comienza en el siglo XVI, que corta el normal desenvolvimiento del ser español y lo pone con toda sus energía y toda su grandeza al servicio de una dinastía servidora a su vez de una idea imperial y católica. Lo imperial y lo católico constituyen una digresión histórica a la que la República pone fin reanudando la tradición de los comienzos de la edad moderna en España, cuando las ilustres ciudades de Castilla querían regirse al modo de las repúblicas italianas. Y es a esa tradición popular republicana, libertadora, que late en el espíritu español, sobre todo en el castellano, la que Azaña pretende reivindicar, poner en pie y engrandecer: la

República, para nosotros, con estos valores nacionales populares, no puede ser más que una democracia regida con humanidad⁴³.

En esa evocación de la fuente escondida, maltratada, pisoteada, no hay únicamente el propósito polémico de identificar la República como la forma del ser nacional. Hay, además, el propósito de afrontar la cuestión catalana invocando esa misma tradición española de la que la idea imperialista y católica habría sido una digresión. Fue ocupándose de Cataluña, y combatiendo a quienes consideraban su autonomía como un peligro para la unidad de España, cuando Azaña recurrió a una definición del ser español que luego le servirá para definir la acción política. Ser español, anotó en sus notas sobre catalanismo escritas probablemente en 1918, es una herencia corregida por la razón; la política inteligente, dirá en 1932 defendiendo en las Cortes el Estatuto de Cataluña, “resulta de la tangencia de estas dos fuerzas y la línea que traza en el espacio la posición de un hombre político se determina de esta manera: una tradición corregida por la razón”. Cuando trataba de pensar el nuevo Estado que habría de surgir de la gradual evolución a la democracia dentro de la monarquía o, si este camino quedaba ocluido, cuando trataba de la revolución como manifestación de la voluntad popular, Azaña tenía siempre como meta la libertad y la democracia. Pero libertad y democracia, en 1918, y más agudamente aún, en 1930, exigía una estructura, una constitución del Estado dentro de la cual “podamos vivir todos”. Para esa revolución y con vistas a la construcción de ese nuevo Estado fue para lo que requirió a los catalanes en su discurso del restaurante Patria, reconociendo que “si la voluntad dominante en Cataluña fuese algún día otra, y resueltamente quisiera remar sola en su barca, sería justo pasar por ello, y no habrá sino dejaros ir en paz, con el menor destrozo para los unos y los otros, y deseáros buena fortuna, hasta que cicatrizado el desgarrón, pudiéramos establecer cuando menos relación de buena vecindad”. Azaña estaba convencido, sin embargo, de que la libertad de Cataluña y la España eran la misma cosa y de que entre “vuestro pueblo y el mío hay demasiada trabazón espiritual, histórica y económica para que un día, enfadándonos todos, nos volviésemos la espalda”. Lo único que podía

⁴³ Todas las citas son del discurso pronunciado en la sesión de clausura de la Asamblea de Acción Republicana, “La República como forma del ser nacional”, 3, 307-308.

concebir Azaña en 1930 era “una España con Cataluña, gobernada por las instituciones que su voluntad libremente expresada quiera darse⁴⁴.”

Dos años después, y como presidente del gobierno, Azaña es consciente de que le ha tocado vivir y gobernar en una época en que, por una parte, se plantea en toda su amplitud “el problema de las aspiraciones autonomistas regionales españolas” y, por otra, Cataluña “no está en silencio, sino descontenta, impaciente y discorde”. No siempre ha sido así, pero lo que comenzó revestido de goticismo y romanticismo no se ha contentado con ser un movimiento literario y erudito, sino que “ha impelido, robustecido y justificado un movimiento particularista, nacionalista” que es lo que hoy, en 1932, constituye “el problema político específico catalán”. El problema lo define Azaña “de esta manera: conjugar la aspiración particularista o el sentimiento o la voluntad autonomista de Cataluña con los intereses o los fines generales y permanentes de España dentro del Estado organizado por la República”. Tal es el problema que demanda una respuesta parlamentaria y nada importa –o nada importa a Azaña- que sea o no para siempre, pues “siempre es una palabra que no tiene valor en la historia y, por consiguiente, no tiene valor en la política”. Lo que sí importa es que ese problema político se plantea por vez primera vez en un parlamento español y en toda su amplitud, esto es, no reducido exclusivamente a Cataluña sino a la nueva realidad de “los sentimientos diferenciales en las regiones de la Península”, y que, por tanto, es necesario encontrar una respuesta política, una respuesta que no se limite a la conllevancia días antes evocada por Ortega.

Para encontrarla, Azaña no invoca el patriotismo, que no es un código de conducta sino una disposición del ánimo que nos impulsa a sacrificarnos en aras del bien común: ningún problema político tiene escrita su solución en un código del patriotismo. Lo que invoca es de nuevo la tradición, corregida por una razón creadora, innovadora, que en vez de destruirla, la restaura y, en el acto de restaurarla, rectifica la línea histórica de la que procede, o sea, se enfrenta con la

⁴⁴ “La libertad de Cataluña y España”, 27 de marzo de 1930, 2, 947 y 948. “La cuestión catalana” forma parte de la serie “Crónicas de la vida española” que Manuel Azaña escribió para la revista francesa *Hispania*. Apareció, traducida al francés, en el número de abril-junio de 1918, pp. 160-164, y está recogida, en su original versión española, en 1, 358-362. Apuntes titulados “Catalanismo”, 7, 378-382: como veremos, en ellos se adelantan varios argumentos que saldrán a la luz en el debate de 1932 sobre el Estatuto.

organización del Estado español del que todos venían y lo rectifica en su estructura y en un funcionamiento. Y en este empeño, dice, resulta tan necesario huir de achacar a los antepasados españoles ideas que ellos no tuvieron como mantener en el acervo político actual “valores agotados, barreduras procedentes de recintos por donde la historia transitó, pero por donde no volverá a pasar jamás.” Venimos, dice Azaña, del gran Estado español del Renacimiento en el que preponderaba el concepto cesáreo y mayestático del poder real, la ambición de la política universalista, de acumulación de poderes, de quebrantamiento de los poderes y potestades locales. No se trata ahora de cometer la tontería de decir a aquellas gentes de hace cinco siglos que se equivocaron. Simplemente, “nosotros pensamos de otro modo”. La política asimilista no procede en realidad de aquel Estado imperial y católico, que se gobernaba por medio de Consejos, sino del siglo XIX: tuvo su gran oportunidad en la guerra de la Independencia. Pero al tiempo que la política asimilista, comenzó actuar también el espíritu de las nacionalidades, la democracia que –se quiera o no- favorece el auge del sentimiento local y su transporte a la esfera política, el romanticismo y el auge de los popular y lo típico. Y a todo esto, añade, quedaba el papel de dinastía. La Corona actuó como una argolla para esclavizar pueblos. Rompámosla, dijeron los españoles. Ya la hemos roto. ¿Y ahora? Sería vano imitar su política. La República necesita otra doctrina, que ya ha quedado plasmada en la Constitución en la que se establece, de una parte, la potestad legislativa de organizar las autonomías regionales y, de otra, los límites para la autonomías, que son, unos, taxativos, enumerativos, estableciendo las facultades de Poder que pueden ser transferidas, y otros, límites conceptuales en cuanto la Constitución, tácita o expresamente, está fundada en ciertos principios que presiden la reorganización del Estado. Azaña, que poseía una formación jurídica en Derecho privado llegaba así a dos conclusiones esenciales para el Derecho público, escribe Eduardo García de Enterría: “primera, el valor normativo superior de la Constitución, algo apenas imaginado entonces [...] y segunda, que la Constitución debe interpretarse en su conjunto y no solo en los limitados preceptos que se refieren a las autonomías territoriales”. Y así interpretada, la Constitución alumbró un nuevo género de Estado compuesto, que no es federal ni confederal, sino el de la autonomía

regional, en el que la región posee una entidad política al ser titular de un verdadero poder legislativo⁴⁵.

De nuevo un discurso resuelve una embrollada situación: el Estatuto, a partir de la sesión de 27 de mayo tuvo despejado su camino, aunque el impulso final para su aprobación definitiva vendría como resultado de la primera rebelión militar contra la República encabezada en agosto por el general José Sanjurjo. Por eso, una vez aprobado el Estatuto y promulgada también la ley de Reforma Agraria, el presidente del gobierno emprende un gira en la que celebra “la revolución triunfante”. En la plaza de la República, de Barcelona, termina su vibrante alocución –“Ya no hay en España reyes que puedan declarar la guerra a Cataluña”- dando tres vivas: a España, a la República y a la Libertad y, unos días después, el 30 de septiembre, al terminar lo que se le “ha ido ocurriendo” en una “oración deshilvanada” pronunciada en Santander, Azaña repite que su acción política tiene “un norte que es una entidad que tiene dos nombres: República y España. Para mí es lo mismo: la República es la expresión jurídica de mi Patria y España es el nombre histórico de la República. Cuando yo hablo de República, hablo de España”, un pensamiento al que volverá de nuevo pocos días después, hablando en el Centro del Ejército y de la Armada: “La República es la única expresión jurídica de la patria española. Debéis decir y proclamar conmigo que quien hace traición a la República hace traición a España”⁴⁶. Azaña no perdió ocasión, desde el gobierno como luego desde la oposición, de volver una y otra vez sobre esa identificación de República como forma jurídica de la patria, acompañada de su propia identificación personal como español. “Nosotros somos españoles desde los pies a la cabeza; profundamente españoles. Yo lo soy más que nadie, y no me bastan todas las tierras de España y todos los soles de España para pintar mi españolismo, que me rezuma por todos los poros. No soy otra cosa más

⁴⁵ Eduardo García de Enterría, “Estudio preliminar” a Manuel Azaña, *Sobre la autonomía política de Cataluña*, Madrid, Tecnos, 2005, pp. 39-40.

⁴⁶ “La República y la autonomía de Cataluña”, Barcelona, 26 de septiembre de 1932; “Los partidos políticos y el pueblo”, Santander, 30 de septiembre de 1932, y “Discurso en el Centro del Ejército y de la Armada”, Madrid, 22 de octubre de 1932, en 4, 11, 31 y 44, respectivamente.

que español”, exclamó en un homenaje a Antonio Espina, sin ningún reparo en vincular ahora lo español con las tierras y los soles de España⁴⁷.

NOSOTROS SOMOS NUESTRA PATRIA

Nada más lógico que su primera reacción ante la rebelión militar de julio de 1936 consistiera en definirla como “horrendo delito que tiene destrozado el corazón de los españoles”, o como “el horrendo delito de haber desgarrado el corazón de la patria”, y que meses después, cuando pronuncia su primer discurso de guerra desde el Ayuntamiento de Valencia confiese que le cuesta trabajo creer “que entre los militares rebeldes [...] no haya muchos a quienes les repugne y les horrorice ser delincuentes contra la esencia viva de nuestra patria”. Y nada más lógico tampoco que interprete la resistencia popular a la rebelión, y la guerra que la República se ve obligada a hacer “porque nos la hacen”, como una guerra “por la independencia de nuestra patria y por el derecho del pueblo español de disponer libremente de nuestros destinos. Nos batimos todos, el obrero y el intelectual, el profesor y el burgués [...] y los sindicatos, y los partidos políticos, y todos los españoles que están agrupados bajo la bandera republicana, nos batimos por la independencia de España y por la libertad de los españoles y de nuestra patria. Esa es la base de la unión del pueblo español en defensa de sus libertades esenciales de hombres y de las libertades y de la independencia de su patria”⁴⁸.

El recuerdo de la patria desgarrada por el crimen de la rebelión, de la patria invadida por las potencias extranjeras –Alemania, Italia- que han venido en auxilio de la rebelión, es constante y reiterado en todas las propuestas e iniciativas que toma Azaña desde la presidencia de la República con el propósito de conseguir una suspensión de hostilidades que conduzca a una paz negociada. Lo son, desde luego, en sus esfuerzos por forzar a las potencias democráticas a una mediación que ponga fin a la guerra; pero lo son sobre todo en sus llamadas a los combatientes para que entiendan que ninguna nación puede constituirse en torno a “una unidad dogmática, sea religiosa, o política, o social, o económica para expulsar de la convivencia nacional a todos los que no han perecido en la

⁴⁷ Discurso en el homenaje a Antonio Espina, *Política*, 17 de noviembre de 1935; 5, 470.

⁴⁸ Palabras de aliento y gratitud a los defensores de la República, 23 de julio de 1936, 6, 3-5

contienda contra ese dogma”. Esta manera de entender la unidad nacional, dice Azaña, destruiría en su base el concepto mismo de lo nacional; sería “un concepto de pueblo nómada, que no tiene patria ni calienta ningún hogar [...] un concepto de pueblo fanático, que lo mismo puede venerar la cruz que la media luna, pero que arroja a las tinieblas exteriores a todo el que no comparta su adoración”. Azaña incorpora así decididamente la tierra y el hogar al sentimiento de patria: “cuando hablo de mi nación, que es la de todos vosotros y de nuestra patria, que es España, cuyas seis letras sonoras restallan hoy en nuestra alma como un grito de guerra y mañana con una exclamación de júbilo y paz, cuando yo hablo de nuestra nación y de España, que así se llama, estoy pensando en todo su ser, en lo físico y en lo moral, en su tierras, fértiles o áridas, en sus paisajes, emocionantes o no; en su mesetas, y en sus jardines, y en su huertos, y en sus diversas lenguas y en sus tradiciones locales”. Todo eso junto, “unido por una ilustre historia”, es lo que constituye “un ser moral vivo que se llama España, y que es lo que existe y por lo que se lucha, y en cuyo territorio transcurre la guerra, no de un territorio imaginado y fantástico”⁴⁹.

Si procede, a estas alturas de su vida, y cuando ha transcurrido ya un año de guerra, a fundir todos esos elementos –tierra, historia, entidad moral- y a darles el mismo valor de patria es con el evidente propósito de recordar a quienes le oyen que habrá de llegar un día en el que será necesario habituarse “otra vez a la idea que podrá ser tremenda, pero que es inexcusable, de que de los veinticuatro millones de españoles, por mucho que se maten unos a otros, siempre quedarán bastantes, y los que queden tienen necesidad y obligación de seguir viviendo juntos para que la nación no perezca”⁵⁰. Azaña había definido como guerra de venganza y exterminio lo que estaba ocurriendo en España como resultado de la rebelión militar y de la revolución sindical que fue su consecuencia. Ahora no tiene empacho en afirmar que toda guerra civil es una monstruosidad y en reprobar de nuevo, ahora públicamente, la política de exterminio. La ferocidad de la guerra, apunta en su diario el 26 de julio de 1937, después de que Casares le informe de atrocidades cometidas en los dos campos, llega a extremos repugnantes: “cuando estén colmadas de muertos las cuencas de España, anota,

⁴⁹ Discurso en la Universidad de Valencia, 18 de julio de 1937, 6, 139.

⁵⁰ Ibid., 6, 138.

muchos creerán haber engendrado una nueva patria; o lo dirán, para que la sangre de sus manos parezca la sangre de un parto. Se llaman padres de la patria, o sus comadrones, y no son más que matarifes”⁵¹.

En una guerra civil, “vencedores y vencidos tienen el día de mañana que llevar sobre sus costillas, como la llevarán la generaciones venideras, la pesadumbre de esta catástrofe. Hay que tener la entereza de saborear el amargor de este problema y decirlo con vigor y con claridad.” En realidad, nadie, excepto él, lo decía y nadie lo dirá. Pero cuando estas cosas se dicen y se siente el amargor de este problema, nada puede servir de consuelo. Se suele invocar entonces, dice Azaña, el nombre de la patria. “Cuando truena el cañón, pocos se privan, en cualquier campo que estén, de invocar el nombre de su patria, y a veces hasta el nombre de Dios. Es muy frecuente asegurarse previamente de que un dios favorece a un ejército contra el otro, y que se cuenta con la protección divina para ganar la batalla. Pero es más frecuente todavía invocar el nombre de la patria. Yo protesto”. Protesta porque ninguna guerra, a no ser para defender la independencia nacional, puede encenderse en nombre de la patria. Sólo pueden quienes crean que la patria es una especie de deidad remota, sanguinaria, a la que es preciso sacrificar unos cuantos cientos de miles de sus hijos para tenerla contenta. Pero Azaña no cree que la patria sea eso: “nuestra patria no es distinta de los españoles; nosotros somos nuestra patria moralmente, como lo es nuestro territorio, como lo son nuestras ciudades, como lo serán las generaciones que vengan mañana, como somos nosotros los herederos de las pasadas”⁵². La patria de Azaña es, en definitiva, un territorio, una historia, una cultura, unas generaciones, la patria somos nosotros.

A medida que la guerra acumula estragos y que se esfuma cualquier atisbo de paz negociada a través de una mediación internacional y cuando ya han transcurrido dos años del horrendo crimen contra la patria, Azaña vuelve a elevar su voz para recordar a todos los españoles el día en que tendrán que “sustituir con la gloria duradera de la paz la gloria siniestra y dolorosa de la guerra”. Se comprobará entonces una vez más lo que nunca debió ser desconocido: que todos somos hijos del mismo sol y tributarios del mismo arroyo. Manuel Azaña,

⁵¹ Diarios, La Pobleña, 1937, 26 de julio, 6, 407.

⁵² Discurso en el Ayuntamiento de Madrid, 13 de noviembre de 1937, 6, 145.

presidente de la República, establece como base de la nacionalidad lo que Manuel Azaña, joven reformista, había considerado demasiado instintivo y primitivo: la tierra, con su sol y sus arroyos. Pero si esa es ahora la base de la nacionalidad y la raíz del sentimiento patriótico lo será porque con ella vuelve a negar que la nacionalidad pueda construirse sobre un dogma que excluya a todos los que no lo profesan. Ese es el concepto islámico de nación y de Estado. Nosotros, sigue Azaña, vemos en la patria una libertad, fundiendo en ella no solo los elementos materiales del territorio, sino todo el patrimonio moral acumulado por los españoles en veinte siglos, que constituye el título grandioso de nuestra civilización en el mundo. Ahora ya no es la República lo que Azaña tiene en mente al evocar la patria; ahora es todo ese patrimonio moral, toda esa civilización, construidas sobre esa “tierra materna” que abriga a tanto muertos, “tantos hombres que han caído embravecidos en la batalla luchando magnánimamente por un ideal grandioso y que ahora ya no tienen odio, ya no tienen rencor y nos envían con los destellos de su luz, tranquila y remota como la de una estrella, el mensaje de la patria eterna que dice a sus hijos: Paz, Piedad, Perdón”⁵³.

⁵³ “Discurso en el Ayuntamiento de Barcelona”, 18 de julio de 1938, 6, 179-181.